botella cuando cumplió 100 años». «Se puede mejorar la actuación si se trabaja; mira a Kevin Spacey». «Me ofrecieron escribir *Cowboy de medianoche* (1969), pero era joven, no tenía referencias sobre lo que es un estafador; luego vi la película y me encantó».

Afloran también recuerdos de infancia. Como cuando su padre le enseñó a tocar la tuba para optar a una beca en la Academia Militar de Nueva York. ¿Conoció a Trump, que también estudió allí?, le pregunto. «No, él era más joven, un niño rico, yo era todo lo contrario». Un año después se escapó a Manhattan. «Vendí mi uniforme por 200 dólares. Tenía miedo de volver a casa, así que me quedé, durmiendo en pensiones, gastándome el dinero en mujeres que bailaban contigo por unos pocos dólares». Por suerte, tenía como compañero el libro perfecto para un joven en ese momento: *El guardián entre el centeno,* de J. D. Salinger.

Ahora, Coppola acaba de leer *Middlemarch,* de George Eliot; *Kim,* de Rudyard Kipling; y una biografía de Herbert Spencer. Quizá sean pistas de que su próxima película se ambientará en Inglaterra. Le fascinó *Super-Infinite,* de Katherine Rundell, sobre el poeta inglés John Donne. Y está obsesionado con Christopher Marlowe, el gran talento joven del teatro isabelino: «¡Sin él, no habría Shakespeare!».

Le pregunto si el bótox está bien para las actrices. «Eso da miedo. La flor de la juventud es a los 27, pero en cada década las mujeres son hermosas. No hay edad que no sea hermosa. Siempre disfruté invitando a almorzar a señoras de 90 años. Son fascinantes, te cuentan sus vidas». De hecho, menciona con admiración a damas como la *socialite* Lee Radziwill o a Lady Antonia Fraser («¿Podrías hacer lo que ella hizo? ¿Escaparte con Harold Pinter tras conocerlo en una fiesta?»).

Después del desayuno, me lo encuentro sentado en el deslumbrante jardín del hotel con su portátil y me empieza a hablar de Eleanor, su esposa durante 61 años. «La perdí hace más de un año —dice—. Mi momento favorito con ella era por las mañanas. Toda mi vida tuve alguien con quien conectar, así que ahora... no sé dónde estoy. ¿Puedo?». Me toma la mano. «Aprendí muchísimo con ella. Me habló del arte conceptual, de cómo cualquier cosa puede ser arte; que alguien pelara una patata podía ser arte. Pensé que era la mayor tontería que había oído en mi vida, pero fue interesante, aunque no lo entendiera ni estuviera de acuerdo».

Cree en el matrimonio. «¿Sabes qué espero que sobreviva en el futuro? El matrimonio, que es mucho más que la fidelidad». Y recuerda cómo desarraigaba a Eleanor y a sus tres hijos cada vez que filmaba. «Siempre me llevaba a la familia, sacaba a los niños del colegio; a ellos les encantaba la aventura. Pero Eleanor tenía cosas que hacer. Así que dijo: '¿Qué voy a hacer yo?'. '¿Por qué no haces un documental sobre la película?', le dije, y le compré una cámara portátil». Su documental, el aclamado *Hearts of darkness: a filmmaker's Apocalypse,* se estrenó en 1991. Y a los 84 años Eleanor hizo su primer largometraje, *París puede esperar,* con Alec Baldwin y Diane Lane. Ahora se publican las nuevas memorias de Eleanor, *Two of me,* sobre sus vidas paralelas como artista y esposa y madre. «Quiero a la gente y he vivido una vida de amor», concluye melancólico. ●

"CON 'APOCALYPSE NOW' ESTABA ENDEUDADO. ADEMÁS, TUVE QUE DARLE EL 11,5 POR CIENTO DE LA RECAUDACIÓN A MARLON BRANDO. PENSÉ: 'NUNCA RECUPERARÉ MI DINERO'. PERO 40 AÑOS DESPUÉS SIGUE DANDO BENEFICIOS"

© THE TELEGRAPH

LA MAYOR PÉRDIDA DE SU VIDA

Eleanor y Francis se conocieron en 1962. Él era un director joven y ella, una asistente de arte en Los Ángeles. Se casaron un año después. A pesar de que él le fue infiel en los setenta, ella no dejó de ser su gran apoyo emocional, la que le decía la verdad y la que mantuvo unida a la familia durante los caos creativos de su marido. Muchos consideran que sin Eleanor su marido no habría sobrevivido al rodaje de *Apocalypse now,* del cual ella rodó un magistral y descarnado documental.